SANTA MISA

Solemnidad de la Inmaculada Concepción

Deberíamos felicitarnos los unos a los otros en este día tan entrañable para los que formamos la Iglesia Católica, sin miedo a declarar nuestro amor a María: **a la Inmaculada Virgen María, a la concebida sin pecado original, a la Purísima Concepción.**

Una de las manifestaciones más sublimes de la devoción a María a lo largo de la historia es la que aparece en los cantos finales de la Divina Comedia de Dante. Cuando San Bernardo de Claraval alaba a la bienaventurada Virgen María, afirma con estas palabras: "Mira el rostro que más se parece a Cristo, pues sólo a través de su resplandor te puedes preparar para verlo a Él".

Desde los primeros siglos del cristianismo aparece en España el culto a la Virgen, que se vio enriquecido por la labor incansable de los grandes santos de la España mozárabe. A ello contribuyó sobremanera la liturgia de aquel tiempo, que celebró con especial devoción las fiestas marianas, creando también para ellas bellísimas oraciones y plegarias.

La devoción a la Virgen María se acrecentó en la Edad Media, como lo atestiguan el gran número de ermitas, iglesias, monasterios y santuarios dedicados a Ella, donde se veneraron imágenes que aún hoy siguen escuchando voces de alabanza y confidencias del pueblo fiel.

Desde esta diócesis no podemos dejar de mencionar la importante obra de San Ildefonso de Toledo *Sobre la Virginidad perpetua de Santa María,* en la que expresa la fe de la Iglesia sobre este misterio. Con fórmula precisa indica: *Virgen antes de la venida del Hijo; virgen después de la generación del Hijo; virgen en el nacimiento del Hijo; virgen después de nacido el Hijo.* Y con el ritual, podemos afirmar: *Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia.* Hoy hacemos presente este dogma de fe proclamado solemnemente por el papa Pío IX en 1854, pero celebrado desde los primeros siglos en muchos lugares de Oriente y Occidente.

El amor mariano -recordaba el Papa Juan Pablo II en la Basílica de El Pilar de Zaragoza en 1982- *ha sido en vuestra historia fermento de catolicidad. Impulsó a las gentes de España a una devoción y a la defensa intrépida de las grandezas de*

María, sobre todo de su ***Inmaculada Concepción****. En ello porfiaban el pueblo, los gremios, las cofradías y claustros universitarios... Y es lo que impulsó además a trasplantar la devoción mariana al Nuevo Mundo…*

Este mismo sábado nuestros hermanos de Hispanoamérica celebrarán a Nuestra Señora de Guadalupe. Resuenan hoy con la misma claridad y sencillez que en aquel lejano 1531 las palabras de María Santísima al Beato Juan Diego. ¡Qué diálogo tan cercano!

-¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y mi resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa?

La ayuda de María a los hombres perdura sin cesar desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta el final de los tiempos. Siempre está intercediendo por nosotros y nunca abandona su misión de Madre. Este amor le lleva a preocuparse de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias. Su fidelidad, afirma el Concilio Vaticano II (*LG*, *62*), es y seguirá siendo fecunda en toda la historia de la humanidad.

Ya está bien de confusionismo y de teologías deformadas. Necesitamos a María. Y la Iglesia, nuestra Madre, es clara en su teología. El culto a María (lo que los teólogos llaman hiperdulía) no es adoración, sino veneración a la más grande del género humano, la nueva Eva que necesitaba el mundo perdido por su pecado. Veneramos a la Virgen María Inmaculada antes, en y después del parto. María, la siempre Virgen, no hará sino llevarnos a Jesús, a su Hijo. Eso es lo que más le interesa.

La fe significa comprender nuestra propia finitud desde la instancia suprema de la voluntad y del amor de Dios. *Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo… No temas, María, porque* ***has hallado gracia delante de Dios****…Ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lc 1,28.30.37.38*). Llena de confianza, afirmará después: *Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava (Lc 1, 48*). Este es el punto clave de nuestro vivir aquí y ahora, en las circunstancias concretas en que estamos: sabernos en Dios y

desde Dios[1]. Y así actuó María. Su grandeza está por encima de todo en su fe. Lo dirá Jesús: *Más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan* (*Lc 11, 28*).

Afirma el Cardenal Hans Urs Von Balthasar que "ninguna libertad finita puede estar más libre de restricciones que cuando otorga su consentimiento a una libertad infinita".

Y todo comenzó con esta hermosa escena… La llena de gracia, así se lo comunica Gabriel, acepta los planes de Dios, y dice: Hágase.

Y para todos una súplica, la misma que hacía el Hno. Rafael: *No te olvides de la Virgen María. Te aseguro que todo te irá bien… Con Ella lo podemos todo. Ama mucho a la Virgen y eso te ayudará a amar a Dios. No hay nada difícil para la Señora.*

[1] Marcelo GONZALEZ MARTIN, *La Virgen María y la juventud.* (Barcelona 1975).